

A centrarse tocan

(*Navarra Hoy*, 21. 10. 1992)

En esta tierra pródiga en pensadores raro es el día en que nos quedemos sin debate de altura. El penúltimo nos lo sirvieron hace bien poco los señores Alli y Aizpún. Uno postula la conveniencia de que Unión del Pueblo Navarro sea un partido de "centro" y el otro replica que ya lo es. ¿Hay que centrarse o estamos ya centrados?. *That's the question* . ¿No les decía yo que el litigio es de envergadura teórica?. Tratemos de averiguar las razones de una polémica de tanta transcendencia, los motivos del reciente culto al centro político. A mí se me ocurren al menos dos.

1. El prestigio de esa palabra .- Estamos, por lo pronto, ante una maniobra de seducción mediante el lenguaje más bien sonante del momento. No se me negará que comienza a ser indecoroso decirse de izquierdas, que esta altiva denominación ha perdido buena parte de su pasada aureola. Salvo algunos irredentos que aún no se han enterado, se supone que tras semejante etiqueta hoy se oculta una disimulada voluntad de dictadura y penuria, racionamiento y asesinatos en masa. Pero no por eso el nombre de "derecha", a diferencia de lo que ocurre en el mundo político anglosajón, ha logrado en nuestro país mejorar su suerte. Aquí confesarse conservador sigue considerado como un desdoro, y evoca sin más cerrilismo e intolerancia, espadones y señoritismo. Ni Aznar ni Fraga, ni Aizpún ni Alli -que parecen conocer el oído del españolito común- se atreverán por ahora a ello. Así que no cabe presentarse en público más que bajo las banderas políticas del centro. El centro aspira al antiguo prestigio de la izquierda, al tiempo que se libra del desprestigio permanente de la derecha.

Además, ¿no es el centro mismo el símbolo del equilibrio perfecto, la prueba inequívoca de estancia en la verdad?. Ya decía el clásico que *in medio est virtus* , y no hay mediocre que no se vanaglorie de estar en el medio. Viniendo a la palestra política, imagínense lo que sería de un partido al que se tildara de *descentrado* o (lo que suena aún peor, significando lo mismo) *extremista* . Vendría a ser un partido perdido, sin

rumbo, un desastre. Y es que en la política contemporánea sucede otrotanto que en el aburrido fútbol de nuestros días: que se impone la voluntad de adueñarse de la zona media, de acumular hombres en el centro. Igual que allí predominan los centrocampistas sobre los delanteros (y los extremos natos son una especie futbolística en extinción), también en el terreno público escasean los adelantados, y la mera brega, el trote cansino, la destrucción, el pásamela para que te la vuelva a pasar... predominan sobre el estilo y la creación. Será un signo de los tiempos, pero ese tal Clemente podría brillar en política con luz propia.

¿Y cuándo un partido se vuelve centrista?. Ni más ni menos que cuando quiere, sencillamente cuando le viene en gana definirse así en su programa o en sus discursos. Su realidad no importa; lo importante es pronunciar la palabra mágica, hacer un *gesto*, dar una *imagen* de centro: porque el votante medio ya no piensa, sino que sólo oye y mira. Basta, pues, con aparentar situarse a la derecha de una sedicente izquierda (que es derecha) o a la izquierda de una sedicente derecha (que es extrema derecha) para autocalificarse del centro. Y como todo el espectro político sin excepción se ha corrido a la derecha, entonces el partido de la derecha ha resultado por arte de birlibirloque el ocupante de ese bendito centro. ¿Acaso cuando el socialismo se hace de derechas se convierten las derechas al socialismo?. No, por Dios. El nuevo socialismo simplemente está en la derecha y la vieja derecha ha pasado a ser una derecha renovada que está algo más acá que el socialismo. Todo lo cual no impide que tanto el socialismo cañí como la maquillada derecha coincidan en proclamarse del centro. Y es que la Topología Política tiene sus misterios sólo aptos para iniciados.

Pero el truco no es tan difícil de desvelar. Todo estriba en que, en vez de mirar tan sólo *dentro de un mismo espacio*, miremos el lugar que ocupa *ese mismo espacio con relación a otros espacios reales o posibles*. Madrid está aproximadamente en el centro de España (y, de creer a algunos, incluso cerca del cielo), pero desde luego no en el centro del universo. Si ya desde mucho antes de la decadencia del comunismo toda la política española y occidental se ha desplazado a la derecha, el centro es justamente el

centro de esa derecha; o sea, una derecha centrada. La moderación de la moderación, vamos.

¿Que lo único que cuenta es ese sentido relativo de derecha/centro/izquierda, y no el absoluto?. Pues entonces estamos jugando con las palabras y engañando al personal. Los expertos (?) en comunicación podrán hacer cuantas trampas quieran con la Cosmética, la Mímica y la Topología Políticas, pero no con el pensamiento político. Y, hoy mismo, limitar la acción social pública (es decir, desmantelar nuestro incipiente Estado del bienestar), permitir la evasión fiscal de los opulentos y sangrar a los más débiles, impulsar la privatización de la sanidad o educación, consentir el fraude bancario e inmobiliario, fomentar el paro, encubrir la corrupción pública general, etc. define una política de derechas de toda la vida... aunque se vista de centro.

2. La ventaja electoral del centro.- Si todo partido con ganas de poder ha de ser un partido de masas, tendrá que volverse hacia el lugar donde se encuentra la mayoría; ése es el centro. De entre los varios efectos de su oportunista conversión, el más inmediato será la pérdida de cualquier seña de identidad y de todo radicalismo en la doctrina del partido. Para acceder al gobierno, no hay otra fórmula que someterse a las reglas del mercado y preguntarse qué mercancía (programa o medida) política obtendrá mayor rentabilidad en concejales o diputados entre la masa de compradores (electores). Y ello, según explica Claus Offe, exigirá -de un lado- minimizar aquellos elementos programáticos susceptibles de crear antagonismo en el electorado; por otro, disponerse a entrar en coaliciones con otros partidos a fuerza de degradar propósitos sustanciales en reivindicaciones negociables con los demás participantes. En otras palabras, la ideología de un partido centrista consiste en la renuncia a toda ideología como tal; mejor dicho, en una ideología burdamente electoral (o sea, coyuntural, electorera). Pues, electoralmente hablando, o centrarse o morir.

Y así estamos, en estos tiempos sin ideas ni convicciones, con una política entendida como plataforma de lanzamiento de los políticos, con unos políticos titulados en gestión de recursos y estrategia de ventas. Sepan ustedes, por tanto, que la dialéctica

derechas/izquierdas ya no vale (nuestro político de manual dirá que "no es de recibo"). En su lugar se ha implantado la más etérea y vergonzante del centro derecha/centro izquierda, basada por lo demás en la misma imagen espacial que inauguran los Estados Generales de la Revolución Francesa...

Alguien replicará que el político del centro no hace sino representar con exactitud una sociedad que ha eliminado sus extremos doctrinales al ritmo en que reduce sus conflictos reales. Pero, si ya es por demás discutible que los conflictos se hayan dulcificado, semejante disculpa pasa por alto en cuánta medida aquel político ha contribuido por su parte a ese proceso de aplanamiento universal y desidia política. O, lo que es igual, cuánta pasión ha depositado su partido, no en formar y encauzar la voluntad ciudadana (como es su misión), sino en amoldarse a esa masa y halagarla con vistas a que siga siendo masa. A fin de cuentas, ya que no la salud del negocio público, de ello depende la prosperidad de su negocio privado.

El amor al centro, en suma, cultiva la vana ilusión de recoger lo mejor de la derecha y la izquierda. En realidad, tan sólo expresa la tibieza de no ser políticamente nada definido para poder serlo todo en política. Y ya está escrito que algún día el Señor -léase: el ciudadano-, a estos tibios, les vomitará de su boca.